

No estás loca

Los primeros tiempos fueron de película entre cursi y tórrida, aunque visto desde ahora no puedes negar que el lobo empezó muy pronto a enseñar la patita



Un momento de la concentración celebrada el pasado lunes en Las Palmas de Gran Canaria para condenar el asesinato machista de una mujer en Adeje (Tenerife) cometido el día anterior.

ÁNGEL MEDINA G. (EFE)



LUZ SÁNCHEZ-MELLADO

12 ENE 2023 - 05:00 CET



Lo conociste en un cumpleaños al que fuiste de chiripa y él de paquete. Era el primo de un amigo, que se coló en aquella fiesta y, de paso, en tu vida. Te miró, lo miraste, sentiste ese flechazo del que hablaban las revistas, y

supiste que nada, nunca, volvería a ser lo mismo. Los primeros tiempos fueron de película de sobremesa, entre cursi y tórrida, aunque visto desde ahora no puedes negar que el lobo empezó muy pronto a enseñar la patita. Ya te advirtió tu amigo de que era un chulo de mierda, y tus amigas, de que no entendían qué hacías con ese fantasma que no te llegaba a las suelas. Que te quitaba la palabra de la boca en cuanto creía que le hacías sombra. Que te asesinaba con la mirada si mirabas a otro mientras él coqueteaba con las piedras. Qué sabrá nadie de lo vuestro, pensabas. De cómo es contigo. De la hondura del amor. De la borrachera del sexo, unas veces salvaje; otras, tierno. Demasiadas, y esto te lo niegas hasta a ti misma, tan sórdido como para borrar la frontera entre lo consentido y lo forzado. Estás loca, te decía él cuando protestabas, y volvía a ser el niño grande y vulnerable que te enamoró aquel día. Y se te olvidan las humillaciones. Y llegas a pensar que, puede ser, que igual eres tú, que no andas fina. Y siempre le encuentras una disculpa. Está nervioso. Está estresado. Lo sacas de sus casillas. Y te monta una pelotera por naderías, o por nada en absoluto. Y escribes los motivos a escondidas para no perder la cordura. Pero lo tapas. Lo cubres. Por vergüenza de él, pero, sobre todo, de ti misma.

Hasta que un día, derrotada, bajas la guardia y se lo cuentas a alguien. Una amiga, una hermana, una vecina. Y te dicen que salgas de ahí. Que no aguantes. Que tú vales más que ese maltratador de libro. Y te armas de valor. Y lo dejas. Pero él no te suelta. Y te llama, y te ronda, y te suplica. O eres tú quien le busca, mareada por el vértigo de vivir de repente sin su yugo. Cómo va a ser un maltratador, te autoengañas, si nunca te ha puesto la mano encima, salvo [algún tantarantán en la cocina](#). Y vuelves. Y tu amiga, o tu hermana, o tu vecina se desesperan con ese que voy, que vengo, y dudan entre seguir alerta o dejarte por imposible. Y la próxima gresca ya ni se la cuentas, comidita por la culpa. Y, así, entre bronca y bronca, va pasando la vida. Una vida sometida, en el mejor de los casos. En el peor, una vida segada por el [enésimo asesino machista](#). Esta historia no es verídica, pero sí verosímil. Miles de mujeres viven ese infierno ahora mismo ahí fuera. No estáis locas. Ni solas. [Os estamos fallando](#). No os falléis a vosotras mismas.



Luz Sánchez-Mellado |

Luz Sánchez-Mellado, reportera, entrevistadora y columnista, es licenciada en Periodismo por la Universidad Complutense y publica en EL PAÍS desde estudiante. Autora de 'Ciudadano Cortés' y 'Estereotipas' (Plaza y Janés), centra su interés en la trastienda de las tendencias sociales, culturales y políticas y el acercamiento a sus protagonistas.